

LA CIUDAD DE LAS PALOMAS: UNA TEORÍA DEL AISLAMIENTO

SHELBY THACKER
Lexington University

La ciudad de las palomas, de Javier Tomeo (1989), narra la progresión de una enfermedad mental en el protagonista, Teodoro, el personaje humano de la novela. A través de su psicopatología el autor fabrica el discurso de la condición del hombre urbano moderno, en un discurso literario en el que Tomeo nos hace pensar en otro escritor, conocido por retratar lo absurdo y lo angustioso de la civilización moderna, Franz Kafka. En los cuentos de Kafka, el lector, a menudo, se encuentra con un personaje que experimenta extraños fenómenos, como convertirse en un insecto gigante o encontrar dos pelotas, saltando en el apartamento, al regresar a casa. Los personajes de Kafka, Gregor Samsa y Mr. Blumfeld, muestran poca perturbación ante estas extrañas circunstancias que producen en el lector una sorprendente sacudida. La metamorfosis de Gregor Samsa está narrada descarnadamente, sin grandes reacciones sorprendentes del personaje y el narrador. El raro encuentro de Blumfeld en su apartamento no le inquieta nada. En lugar de preguntarse por el origen de las pelotas blanca y azul, acepta, simplemente, su presencia y, con naturalidad, empieza a jugar con ellas.

La ausencia de respuesta de los personajes de Kafka al enfrentarse con una situación, a veces, absurda y, otras, terrorífica, en medio de una existencia mundana, se refleja también en la novela de Tomeo. En *La ciudad de las palomas* encontramos una ausencia parecida en Teodoro.¹ En el inicio de la novela, el lector ve a un hombre que salta de su cama e inmediatamente empieza a jugar en el ordenador: matar a los extraterrestres, en busca del tesoro, y otros desafíos. Desde ese momento comienza el proceso de aislamiento. Después de dos horas ante la pantalla, Teodoro sale para reunirse con unos amigos en el café. En la puerta del edificio se sorprende de que no haya nadie en la calle, ni un sólo ser vivo. Queda inmóvil y especula sobre la extraña ausencia de gente: quizás es un día festivo, una idea que pronto rechaza; o quizás la gente del barrio se ha ido en masa; o tal vez se han quedado en casa, aterrorizados por una amenaza que ignora Teodoro. Ninguna parece posible, pero a medida que avanza la novela sus especulaciones se van haciendo más irracionales, cuando no humorísticamente absurdas. Lo que Teodoro percibe, desde el primer momento, cuando observa la ausencia de gente, es el silencio: “el silencio que sigue a la muerte”.

Tomeo nos descubre una ciudad, cuando menos, extraña, sin encanto, pero tampoco con defectos especiales. Las calles, las tiendas, las plazas y el apartamento de Teodoro están descritos con pocos detalles, causando la impresión de un gris arquitectónico. Para empezar, la ciudad se llama “B”; el apellido de Teodoro nunca se conoce, los de sus amigos se ofrece solamente la letra inicial; respecto al ambiente, como con el personaje, no existe identidad

(1) Todas las citas son de la novela de Javier Tomeo, *La ciudad de las palomas*, Barcelona: Editorial Anagrama, 1989; la página se da entre parentesis después de la cita.

concreta. La vaciedad de la ciudad corresponde a la vaciedad de Teodoro. Tomeo le ha quitado cualquier adorno exterior normal ya que el más importante objetivo de *La ciudad de las palomas* es conocer a un personaje extraño que parece no tener una identidad concreta.

La soledad emerge como el tema predominante desde el inicio narrativo.² Cuando Teodoro descubre que está solo en la ciudad, su primera reacción no es de miedo ni sorpresa, como pudiera esperarse. Después de un paseo por la ciudad buscando señales de vida, intenta telefonar a sus amigos. Nadie contesta; sin embargo, no se entristece; al contrario, se consuela a sí mismo con el hecho de que el teléfono todavía funcione, a pesar de saber que no hay nadie a quien pueda llamar. Y aunque la descripción inicial de la respuesta de Teodoro a su nueva situación parezca racional, es decir, buscar a sus conciudadanos, su reacción al no encontrarlos revela su lado irracional y desequilibrado.³

Teodoro manifiesta el mismo tipo de aislamiento que los personajes de Kafka, y el lector percibe su vida solitaria aún antes de la misteriosa desaparición de los vecinos. El protagonista de *La ciudad de las palomas* es un soltero, un solitario incapaz de tener relaciones con una mujer, un hombre con pocos amigos, entre los que no existe el calor humano y, por supuesto, de una extrañeza inusitada. Uno piensa enseguida en Joseph K, el funcionario patético en *The Trial*, o el excéntrico caballero de "Blumfeld, an Elderly Bachelor" y el vendedor ambulante Gregor Samsa. También vemos otras correspondencias en *La ciudad de las palomas* con obras de Kafka, como en el caso de la tensión padre-hijo observada en "The Judgment".

La primera pieza de tecnología electrónica que encontramos en la novela es la metáfora de la soledad: el ordenador. Teodoro utiliza solamente su máquina para juegos electrónicos, nunca se comunica con otros ni se aprovecha de alguna de sus muchas posibilidades. Se escapa de la realidad matando marcianos, cazando leones⁴, buscando tesoros, salvando damas en peligro, controlando un centro nuclear, es decir, cambiando su identidad cuando quiere; pero estos rápidos cambios son posibles solamente gracias a un ordenador de alta tecnología. La existencia de Teodoro se parece cada vez más a uno de estos inútiles juegos digitales, donde la pérdida inevitable del jugador se refleja en la existencia gris del personaje que lo manipula, como en una ciudad abandonada, donde la otra forma de vida, una bandada de palomas, se parece al adversario de la pantalla. Las palomas, que nunca vuelan, persiguen a Teodoro por las monótonas calles de su ciudad, como cuando uno pasa por las distintas dificultades en un juego electrónico. Así, la vida de Teodoro llega a reflejarse, también, en los distintos planos irreales del ciberespacio.

El teléfono, omnipresente en la tecnología moderna, figura predominante en *La ciudad de las palomas*, pero aunque este sustenta la comunicación, en la obra de referencia nunca se logra, y las llamadas de Teodoro no tienen respuesta. En una novela anterior, *El cazador*

(2) José María Pozuelo Yvancos ha estudiado el tema de la soledad en Tomeo, sobre todo en su *El castillo de la carta cifrada; Amado monstruo; El cazador de leones* y *La ciudad de las palomas*. Ver su "Tetralogía de la soledad: introducción a la narrativa de Javier Tomeo," *Tropelias*, núm. 1, 1990.

José Belmonte Serrano también comenta el tema de la soledad en su reseña de la novela de Tomeo. Ver su "La ciudad de las palomas", *La Verdad*, 19 de febrero de 1989, VI.

(3) El mismo autor explica su interés en la psiquiatría anormal debido a su formación profesional: en su carrera estudió criminología, luego derecho y dentro de este campo la psiquiatría forense (entrevista con Angeles Encinar, *El Urogallo*, n.º 97 (June 1994), pp. 12-19).

(4) Este video-juego de cazar leones hace un juego de palabras con otra de las novelas de Tomeo, *El cazador de leones* (1987), también con un tema de aislamiento e incomunicación.

de leones (1987), se narra desde el punto de vista de un solo lado de una conversación telefónica. En esa novela escuchamos a un individuo, desesperadamente solo, hablando con un desconocido para escapar de su aislamiento y aburrimiento. El personaje de *El cazador de los leones* es una figura solitaria, aislado en una ciudad, un motivo repetido en *La ciudad de las palomas*. Cuando los amigos de Teodoro no contestan, el único contacto con la voz humana es el contestador de un número, elegido al azar, al que él llama. Teodoro llena su apartamento con despertadores que suenan a la misma hora, un gesto irracional, puesto que no hay necesidad de levantarse a una hora específica, porque ¿con quién se va a reunir?, ¿a dónde va? El protagonista se sirve de estos artilugios como una distracción, como es el caso del ordenador, y como una conexión anónima, con una voz aún más anónima, aunque no sea directamente una persona, en el caso del teléfono.

Otro foco predominante de *La ciudad de las palomas* es la locura del personaje, con alusiones al tema de la cordura por el narrador y él mismo⁵. La introducción de la sanidad en la obra, así como varias repeticiones en este sentido, indican que este tema es de una importancia fundamental en la vida de Teodoro. Poco después de su primer encuentro con las palomas, especula que la desaparición de la gente es una prueba fundamental: “Interpreta todo lo que está ocurriendo como un desafío a su cordura y se propone estar a la altura de sus retos” (13). Seguro de su propia cordura, el narrador nos revela los pensamientos de Teodoro: “No duda ni por un momento de sus sentidos. Piensa, por el contrario, que todo lo que está sucediendo es demasiado absurdo para no ser cierto...” (15) La posibilidad que él no considera es que la desaparición no es verdadera, sino que era una parte de su desilusión. Y otras referencias explícitas por Teodoro en relación a la locura, incluyen: “¿por qué he sido yo, se pregunta, el elegido para vivir esta locura” o “Una vez más vuelve a pensar en la locura” (44); o cuando se imagina qué le diría a alguien que se presentara ante él inesperadamente, después de haber pasado horas contando las ventanas del banco local:

...supongamos que mientras estoy sentado aquí se me acerca alguien por la espalda y me pregunta dónde fueron los demás. No lo sé caballero, podría responderle, pero ya que se pone usted tan pesado, y para compensar mi ignorancia sobre esa cuestión que tanto parece interesarle,... le diré que en la fachada de ese banco que tenemos delante se abren exactamente setenta y dos ventanas...¿No sería ése...el mejor modo de demostrar a ese desconocido que, a pesar de todo, no me he vuelto loco y que mi cabeza continúa funcionando como en sus mejores momentos? (58)

Es difícil refutar una prueba tan elocuente de la cordura.

Una paranoia creciente en Teodoro recuerda, nuevamente, a los personajes de Kafka: la presencia de un enemigo imaginario que descubre lentamente, y que va “in crescendo” hasta terminar siendo un incendiario, formando parte del “tempo” narrativo. Cuando descubre que está solo en la ciudad, se fija en la criaturas vivas, las palomas. Cerca de la *Avenida de Icaria*,

(5) Para el estudio de las características de la esquizofrenia, ver Jeffrey Nevid, et. al. *Abnormal Psychology in a Changing World*. 2nd ed. (Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, 1994); este manual contiene un detallado esquema diagnóstico con descripciones clínicas, e historias de la esquizofrenia, ver las páginas 412-447. Para un amplio estudio sobre el tema de la esquizofrenia ver también John Weir Perry, *Roots of Renewal in Myth and Madness: The Meaning of Psychotic Episodes* (San Francisco: Jossey-Bass Publishers, 1976); Harry Stack Sullivan, *Clinical Studies in Psychiatry* (New York: W. W. Norton, 1956), especialmente el capítulo 14; también de Sullivan, *The Interpersonal Theory of Psychiatry* (New York: W. W. Norton, 1953), especialmente los capítulos 19-21; y David Shapiro, *Neurotic Styles* (New York: Basic Books, 1965).

las ve por primera vez. En este sentido la calle Icaria es un nombre apropiado debido a su asociación con el vuelo, con la muerte, y con la desobediencia dentro de una dinámica padre-hijo, como después veremos⁶. Algunas ideas parecidas son evocadas por la *Calle de Saturno*, sugiriendo una relación aun más conflictiva entre padre-hijo. Cuando Teodoro ve las palomas, reacciona de una manera defensiva.⁷ El narrador emplea palabras como “perseguidoras” y “minúsculo ejército” para describir estas palomas, aunque más tarde el léxico narrativo se hace más agresivo, como “combatiente”, “trinchera”, “batalla”, y “guerra”. Teodoro no muestra la menor curiosidad hacia sus compañeros, la otra presencia viva, ni compasión, ni preocupación. El primer encuentro termina cuando él finge tirarles piedras para que se vayan, ya que él piensa, sin ninguna razón, que estas palomas son un peligro.

La presencia de las palomas acelera el ritmo de la paranoia del protagonista, mientras le persiguen por la ciudad abandonada, acercándose cada vez más. En algún momento, sentado junto a un paisaje de flores y mientras las aves le rodean, Teodoro empieza a imaginarse que le culpen por su estado desolado: “Puede incluso que ahora mismo estén acusándole de ser el único culpable de su propia soledad y diciéndole que fue él quien se escapó de los demás, y no al revés, dejándoles con la certeza de su desamor” (26). Más tarde piensa que sus adversarios emplumados le están acechando —“las palomas le están esperando al otro lado de la calle” (38)—, y el discurso va progresando hasta el punto de ser observado como parte de un plan organizado, o quizás debo decir un complot: “...podrían vigilarle mejor. Pueden que tomase esa iniciativa por cuenta propia, pero puede también que lo hiciesen por encargo de las [palomas] que continúan bajo la marquesina de la floristería” (92). En su estado de desilusión se imagina que las palomas pueden ver sus pensamientos: “Pueden que hayan que tiene pensado ir a recuperar el abrigo y el sombrero de su madre” (99).

Teodoro toma medidas progresivas para deshacerse de la amenaza de las aves. Coge la escopeta que le regaló su padre pero cuando dispara los pequeños perdigones no les hacen daño alguno: “La primera batalla sería ha sido para las palomas” (78). En un segundo intento, conduce a las aves hasta un callejón donde aquella bandada pedestre no puede maniobrar con la suficiente altura y rapidez para perseguir a Teodoro. En su tercer intento, el protagonista cree ver a las palomas como un alimento para comer durante varios meses, así piensa envenenarlas. Finalmente, como veremos más adelante, el protagonista proyecta una idea incendiaria.

Las palomas no son el único tormento, sino su propio estado mental, que ha inventado un enemigo invisible que intentará quitarle el agua y la electricidad, y también derrumbarle la casa, en su propio pensamiento imaginario. Así, cuando se corta el agua, su reacción es

(6) La mitología clásica ofrece una aclaración de la tensión entre padre e hijo. Una vez fuera del laberinto del Minotauro, en Creta, Ícaro ignora las palabras de su padre, Dédalo, de no volar muy alto. Pierde sus alas y se ahoga en el mar. Saturno, creyendo que uno de sus hijos iba a destronizarlo, devoró a los cinco primeros hijos al nacer. El sexto, Júpiter, lo destronizó y lo encarceló dentro de la tierra después de una guerra entre los Titanos y los dioses olímpicos que casi destruyó el universo. Hay que recordar que Saturno también rebeló contra su padre, castrándolo. Así, el tema del conflicto entre padre e hijo está doblemente representado con la referencia a Saturno. Para el mito griego de Cronus y Zeus (Saturno y Júpiter en la mitología latina), ver la *Theogony* de Hesiod en *Hesiod, The Homeric Hymns and Homeric*, Loeb Classical Library, trans. Hugh Evelyn-White (Cambridge: Harvard UP, 1982, [rpt. 1914]).

(7) Las palomas también tienen su conexión con la mitología clásica. Estas recuerdan a las *aves stymphalides*, del sexto labor de Hércules, que tiran sus plumas como dardos o flechas y dejan caer un excremento venenoso. Son, pues, adversarias temibles. Ver Robert Graves, *The Greek Myths*, Vol. II, (New York: Penguin Books, 1955), pp 119-21; y Apollonius Rhodius, *The Argonautica*, trans. R.C. Seaton (Cambridge, Mass.: Harvard UP, 1967, [rpt. 1912]), pp. 173-77.

desafiante —“No conseguirán matarle de sed” (68)—. En este sentido al acrecentarse y agudizarse su estado mental paranoico, el protagonista de Tomeo cree escuchar las grientas abriéndose en las paredes, y en este sentido, piensa en voz alta: “Lo que ellos buscan es hacerle creer que la casa amenaza ruina” (93).

Desde el principio de la novela el mundo de Teodoro se va estrechando, por lo que después de la situación anterior, donde sus “enemigos” han empezado a atacar su casa, él no volverá a salir de su piso, salvo para una terrible batalla final. Esta escena de la novel es esencial porque demuestra la importancia de los enemigos *invisibles* para explicar un estado mental y su aislamiento total, así como una situación de dolor psicológico producido por la desafectación de su circunstancia mental que le impide conectar con la realidad. El narrador, en este momento, nos revela los pensamientos de Teodoro:

Aquí está mi puesto. Más allá de estas cuatro paredes se extiende la ciudad vacía, el misterio de la noche, la obstinación de las palomas. Aquí, en el salón, se siente reconfortado... Si cierra los ojos, puede ver a su madre intentando una y otra vez solitarios imposibles sobre la mesita octogonal del teléfono. Ahí está también su padre, repitiéndole desde el fondo de su butaca las consignas de siempre. ¡Orden! ¡Orden!, le repite incansablemente.

No, no, en ningún otro lugar podría encontrar otra trinchera más eficaz y sólida contra la locura. Aquí le protegen tres o cuatro generaciones de sentido común. Los viejos fantasmas familiares levantan a su alrededor una muralla de sensatez imposible de franquear. No importa que la ciudad se haya quedado desierta y que las palomas tenga la mirada humana.

Me importa un bledo que me hayan dejado solo, piensa Teodoro... (94-95).

El enemigo invisible actúa como una fuerza generadora que le lleva a Teodoro a su estado de desilusión. Durante la narración, las breves alusiones a sus padres se van haciendo más frecuentes y más detalladas. En este sentido, dos referencias sobre la relación padre-hijo habrán de tener una asociación con la muerte: Ícaro y Saturno. Sus padres aparecerán como tema central en varios sueños, así la madre se verá frecuentemente jugando un “solitario” a las cartas, mientras ignora al hijo. El padre representa la amenaza, ya que las continuas llamadas al orden y la eficacia crean una angustia interior en Teodoro: “Otra vez tiene que soportar las consignas de su padre al orden y la eficacia” (43). En este sentido, en uno de los sueños el padre se ríe, mientras se burla del hijo. En otro, de referencia también al padre, Teodoro declara que en su mundo algo no funciona, y lo describe con los términos de un video-juego. Asocia, de esta manera, al padre con el problema, comparándolo con “la materia [que] se convierte en energía, en una catastrófica reacción en cadena, y cometas del fuego caen del cielo...” (48). Aquí vemos un antecedente del ardiente final de la novela. Y los sueños le ayudan al lector a comprender las posibles motivaciones del subconsciente que actúan en Teodoro, pero como en cualquier sueño el mensaje es, frecuentemente, sutil y sugestivo. El lector puede vislumbrar, a través del sueño, la percepción de la realidad en un paranoico. La idea de la desobediencia y la hostilidad (en referencias a Ícaro y Saturno), ayudan a aclarar como Teodoro se relaciona con los demás, puesto que el problema fundamental en *La ciudad de las palomas* es la relación del personaje con su comunidad: los amigos y la familia. En una extraña situación de honestidad consigo mismo, que interrumpe la normal racionalidad del personaje, Teodoro nos revela una posible causa de su estado psíquico, la carencia de amor: “... Con una media sonrisa, reconoce que todas esas reflexiones son estúpidas, porque la verdad es que nunca hubo alguien a su alrededor que preocupase realmente por lo que él pudiera pensar e incluso por lo que él pudiese sentir” (49).

En un momento, el protagonista, transfiriendo la incomunicación que tiene con sus padres, muestra su enojo por la dificultad de comunicación que tiene con las palomas: “la gente se fue... pero dejaron lo peor de sí mismos disimulado bajo de un montón de plumas” (77). Pero estas palomas no le responden, ni tampoco lo hace su padre, que se esconde detrás del periódico. La inhabilitación de su madre para percibir el sentido de abandono y aislamiento del hijo al fallarle también las expectativas del padre se observan en el siguiente sueño:

¿Qué tonterías estás diciendo?, exclama su madre, intentando por enésima vez su solitario. ¿Cómo puedes pensar que te has quedado solo? El padre, mientras tanto, no sabe si montar en cólera o soltar una carcajada. ¿Cómo es posible, piensa, que ese cretino sea hijo mío? Esta noche, sin embargo, no quiere intervenir. Prefiere que sea su mujer quien continúe catequizando a Teodoro. Él ha perdido ya todas las esperanzas de sacar algo positivo. (96)

En el penúltimo sueño el padre está esperando en las penumbras, donde apenas se le ve, permaneciendo quieto, en silencio. Este silencio de los padres es paralelo al silencio de la máquina: Al cortarse la electricidad, Teodoro pierde el medio más importante de escapar de su realidad: “...no tendrá más remedio que encontrarse con su soledad a cuerpo limpio... El circuito impreso de su ordenador se apagó definitivamente, cerrándole todos los caminos” (103).

El proceso del ambiente reduccionista de la novela comienza cuando Teodoro descubre que es el único ser humano de su ciudad. De los muchos planes que él formula para descubrir la enigmática desaparición, ninguno llega a realizarse, y mientras su espacio físico va reduciéndose hay una correspondiente reducción de su espacio mental: “Sigue decidido a no salir de la ciudad, pero quiere cumplir su programa de llamadas.” (50) Y cuando se le corta el agua, que representa en la narración otra figura de reduccionismo, se da cuenta de que alguien la ha cortado, aunque no hace ningún esfuerzo por encontrarlo o encontrarlos, comentando, enajenadamente, su alegría por este suceso, como si el deber cívico de cortar el agua fuese más importante que la crisis de la desaparición. Mientras tanto, incrementa su temor a las palomas y se siente obligado a quedarse en la casa, evitando así alguna confrontación con el enemigo. Al cortar la electricidad, su mundo electrónico se desintegra totalmente, y para el final de la novela, el espacio físico y psíquico de Teodoro ha quedado reducido prácticamente a la nada.

La última secuencia de acontecimientos incluye un sueño que encapsula la mente caótica del protagonista. En el sueño, ve la fuente que había vestido con el abrigo y el sombrero de su madre, y la observa como una figura fría, dura y despreocupada, que le culpa por todo lo que está mal. Un sentido opresivo de culpabilidad y de impotencia, simbolizado por las aves amenazantes, reaparece en las palomas, que le persiguen. Y cuando Teodoro decide escapar de la ciudad, descubre que todas las carreteras están bloqueadas. En ese momento, todas sus opciones, cualquier intento de escapar psíquicamente, le han sido arrebatados. Se despierta del sueño y mira el edificio que hay enfrente, donde han quedado atrapadas sus adversarias. A la luz de la luna, otro símbolo de la locura y la muerte, decide prender fuego al edificio: un gesto catártico para poner en libertad su sentido de culpabilidad y enojo, y es, en ese momento, cuando el aislamiento de Teodoro es total.

La ciudad de las palomas retrata a un individuo atrapado en el vértice de la vida urbana contemporánea. Y la locura viene engendrada por la angustia del aislamiento, desde la niñez hasta la madurez, producida por la pérdida de identidad, cuando se pierde el sentido de uno mismo como persona.